

Bueno es que los gobernantes se ocupen en eso y digno de lo será cuanto hagan en el sentido de mejorar un servicio actualmente muy desatendido, tanto por la escasez del personal destinado al mismo, como por la falta de aptitudes, generalmente hablando, de los individuos que lo desempeñan, mas á la altura en que nos encontramos y dadas las proporciones adquiridas por el mal que se trata de remediar, parécenos que todos los esfuerzos que únicamente tiendan á hacer abortar los planes de los enemigos de la sociedad, no pasarán de la categoría de meros paliativos sin la eficacia necesaria para arrancar de raíz el germen de que semejantes y perversos planes son resultado.

Con esto del anarquismo y lo mismo sucede con todas las demás dolencias sociales, ocurre algo parecido á lo que sucede con las epidemias una vez declaradas. Buenas son las medidas de precaución que se adoptan y recomendables los preservativos que tiendan á impedir la propagación de la enfermedad, pero la principal, lo que tiene realmente eficacia, es descubrir la causa de la infección y extinguir su foco, sin lo cual los cuidados y precauciones individuales lograrán restar algunas víctimas al mal, pero no acabarán con la epidemia.

Las causas del anarquismo, son harto conocidas para que nos detengamos á enumerarlas largamente; sólo diremos que es lo que importa al fin que nos proponemos en estas líneas, que todas ellas se encierran en la falta de Religión, en la negación sistemática de la verdad revelada, en el desconocimiento ó menosprecio, en una palabra, de los Mandamientos de la Ley de Dios y de su Iglesia.

Antiguamente, cuando la incredulidad era una desdicha individual, la tarea de vigilar á los enemigos del orden social no ofrecía dificultades. Según se cree, salvo los casos inherentes á la flaqueza humana, así se obra y sin más que esta norma, era cosa relativamente fácil conocer á las gentes de mal vivir y á los enemigos del público reposo.

Por desgracia, en la sociedad presente falta esa base sólida de criterio para distinguir á los que se proponen la destrucción de la sociedad y de la familia; pues las leyes modernas permiten la pública incredulidad y tan honrado es á los ojos de la actual legislación el católico como el protestante, el creyente como el ateo, el